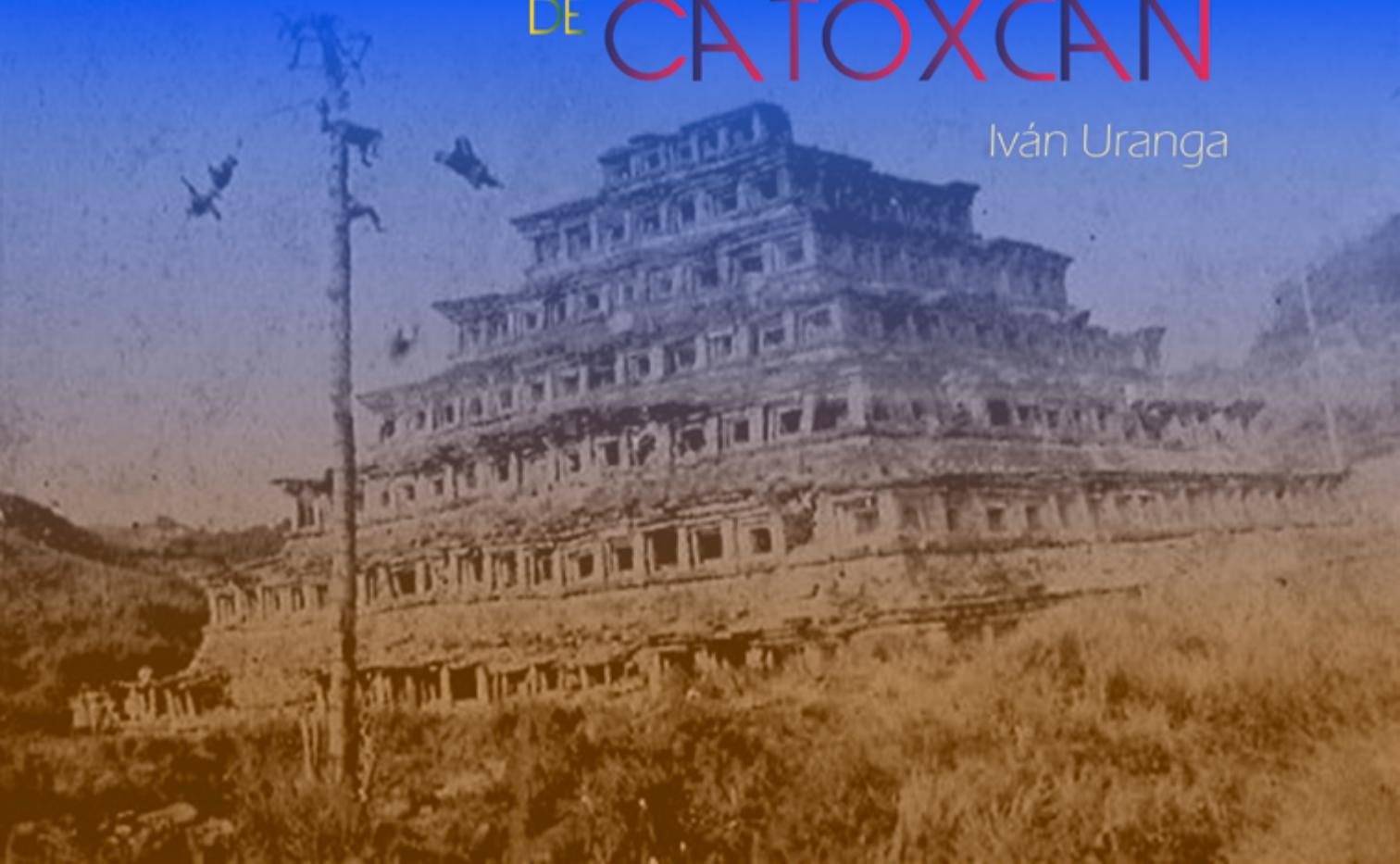


EL ARCOÍRIS DE CATOXCAN

Iván Uranga



Alejandra Frausto Guerrero

Secretaría de Cultura

Natalia López de Paz

Subsecretaría de Diversidad Cultural y Fomento a la Lectura

Mardonio Carballo

Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas

Verónica Ramírez Valdez

Dirección de Promoción e Investigación

María del Carmen Miranda Diosdado

Coordinación de Publicaciones

Francisco Luna Macías

Jefe de Publicaciones

Karla Bernal Aguilar

Edición

Adriana Gutiérrez Alcantar

Diseño

El arcoíris de Catoxcan

© Iván Uranga

Producción:

Secretaría de Cultura

Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas

Ilustraciones:

Teodoro Cano (Colección Iván Uranga)

Reproducción fotográfica:

© Iván Uranga

© Cumbre Tajín, 2008

Ilustraciones de la portada:

Danzante gua-gua, Teodoro Cano (Colección Iván Uranga)

Papanteca, Teodoro Cano (Colección Iván Uranga)

Tajín, Dominio Popular

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura

Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas

Paseo de la Reforma 175

Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500

Ciudad de México

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas de la Secretaría de Cultura.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas.



EL ARCOÍRIS DE CATOXCAN

Iván Uranga

La columna de hombres cargando aquel majestuoso árbol por entre el espeso bosque denotaba que la tarea era una verdadera proeza; la exigencia física de cada uno de ellos se mostraba en el copioso sudor que matizaba sus cuerpos morenos. Sólo unas horas antes, cada uno había estado en un trance de tal religiosidad que todo el bosque había guardado silencio para escuchar su rezo, en el que pedían permiso a la naturaleza y a su guardián, el Kiwíkgolo, para tomar la vida de uno de sus seres. Cada uno de estos hombres se había preparado durante semanas para este día, pasando horas en meditación y abstinencia sexual para lograr que la Madre Naturaleza fuera benévola con ellos y les diera todas sus bendiciones para el ritual que estaban por comenzar.

El caporal se adentró solo en el bosque, armado con un machete, un tamborcito, una flauta de carrizo y una botella de aguardiente de caña, con la mirada aguzada y el alma por delante. Debía encontrar el árbol perfecto. De pronto, a lo lejos, un halo de luz penetró el espeso bosque; excitado se dirigió hacia la luz, justo donde se encontraba un majestuoso árbol de más de treinta metros de altura, un metro aproximado de diámetro, con el tronco derecho, el fuste limpio y largo, las ramas ascendentes y la copa redonda y densa. Sin pensarlo más, el caporal comenzó a tocar con su tamborcito y su flauta “[El son del perdón](#)”, y por entre el follaje llegó a los oídos de todos, en las inmediaciones del bosque, la tan esperada melodía con ese ritmo místico y solemne que indicaba que el Palo Volador había sido encontrado.

Cuando llegaron, el caporal bailaba alrededor del árbol inclinándose ante él con reverencia y humildad, al tiempo que marcaba los puntos cardinales escupiendo buches de aguardiente. Al terminar el séptimo giro, se detuvo repentinamente, desenvainó su machete y comenzó a limpiar el terreno, quitando todo lo que se encontraba alrededor que pudiera estorbarles en su empresa. El primer hachazo fue propinado por el caporal, que después dejó el hacha en manos de sus acompañantes para que terminaran la tarea; él se encargó de tocar sus ancestrales instrumentos durante el tiempo que duró la tala del árbol. El estruendoso crujir provocado por la caída fue la señal para comenzar las ofrendas y alabanzas a la Madre Naturaleza: se quemó copal, se marcó una cruz con aguardiente en la raíz y se prendió una vela.

No se fueron del lugar sin antes sembrar cincuenta y dos árboles más de la misma especie que, con el favor de los dioses, dentro de cincuenta y dos años tendrán la fuerza y la altura necesarias para servirles en su ritual. Ahora, cada uno de ellos tenía la responsabilidad de llevar aquel árbol, obsequio de los dioses, sin permitir en ningún momento que tocara la tierra; su esfuerzo era acompañado con música del caporal, que interpretaba “[El son del arrastre](#)”; esta pieza tiene la función de establecer el ritmo de avance de todos los que participan en el traslado del Palo Volador.

Al llegar a la plaza principal, todo el pueblo se había dado cita para ver el magno acontecimiento; sólo algunos lo habían presenciado ya una vez en su vida; ver tan de cerca el enorme Palo Volador era un espectáculo inusitado. Exactamente en el centro de la plaza se comenzó a cavar un hoyo de dos hombres de profundidad, mientras otros comenzaron a preparar la punta superior del árbol, para colocar en ella una base, una cruceta y la *manzana*, que servirá para poder girar.

El caporal, antes de *sembrar* el Palo Volador, colocó en el hoyo siete tamales, tabaco, un guajolote vivo y un chorro de aguardiente en forma de cruz en honor a los cuatro puntos cardinales, que serán el alimento del Palo para que proteja la vida de los danzantes.

Se amarraron cientos de metros de mecate alrededor del Palo, para poderlo levantar y sembrarlo en el hoyo; el mecate era acomodado de tal manera que funcionara después como escalera para poder subir hasta la punta; se prepararon unas grandes horquetas que servirían de apoyo para que los hombres, usando sólo cuerdas y su fuerza, colocaran el Palo en el hoyo, que inmediatamente fue acuñado con decenas de troncos obtenidos de las ramas del mismo árbol.

Por fin, el gran Palo Volador estaba listo para el ritual.



Parado del Palo Volador, © 2008 by Cumbre Tajín.

En el pueblo no recordaban una sequía como la que vivían; era absolutamente necesario que el ritual de la fertilidad de la tierra se hiciera a la perfección si querían salvar sus cosechas. Se convocó a toda la población y se pidieron cinco voluntarios, los cuales debían ser jóvenes valientes y célibes. De entre los jóvenes del pueblo, muchos se ofrecieron, pero, por sus virtudes, fueron seleccionados Umécatl, Xatontan, Teuitztli, Panin y Catoxcán.

Este último era un joven fuerte y vigoroso que se destacaba de los demás por su gallardía y liderazgo. Durante los pasados meses, Catoxcán había cortejado a la hermosa Xkaká, a quien también pretendía el joven rey Tlaixehuatenitztlí, pero Xkaká prefería a Catoxcán, y no era difícil encontrarlos jugando en el bosque o platicando amablemente en la plaza. Para él, conseguir el amor de Xkaká se había convertido en lo más importante y para ella, él era todo lo que había soñado.

Xkaká era la envidia de todas las jóvenes que admiraban y deseaban a Catoxcán; sin embargo, él ahora enfrentaba una difícil situación, al ser seleccionado para el ritual de fertilidad, en el que, junto con sus compañeros, debía subir a lo alto del Palo Volador y, mientras uno de ellos danzaba en la punta más alta, tocando el tamborcito y la flauta, debía tirarse al vacío con los otros cuatro compañeros, ama-

rado sólo por la cintura, para dar trece vueltas al Palo y con eso sumar cincuenta y dos vueltas entre los cuatro.

Para su pueblo, el número cincuenta y dos era esencial, ya que su ciclo estaba conformado por cincuenta y dos años de cincuenta y dos semanas, y era cada cincuenta y dos años que debían hacer el ritual del Palo Volador, exactamente en el equinoccio de primavera, cuando el sol se acerca más a la Tierra y la despierta para que comience una nueva era. La responsabilidad de llevar a cabo correctamente el ritual para lograr agradar a los dioses y que éstos los bendijeran con la tan esperada lluvia quedaba ahora bajo los cinco elegidos

La desesperación se fue apoderando del valiente Catoxcán, que no encontraba calma en ningún lado, ¿cómo era posible que el destino lo pusiera en esta terrible disyuntiva? No podía fallar bajo ninguna circunstancia, porque su honor de hombre se encontraba en juego, pero no podía creer que lo hubieran seleccionado como uno de los cinco que debían hacer el ritual, si había por lo menos diez jóvenes más virtuosos que él, pensaba.

Su madre, al verlo tan afligido, intentó darle confianza explicándole la importancia que este evento tenía para su pueblo y su familia; le decía que no debía tener miedo, que los dioses seguro lo estarían protegiendo, que se animara pensando cómo después del ritual iba a ser admirado por todo el pueblo y, sobre todo, por todas las mujeres.

Totalmente fuera de sí por lo que su madre le había dicho, Catoxcán se retiró de su casa sin decir palabra y se adentró en el bosque para tratar de encontrar consuelo y solución para el tremendo problema que lo aquejaba. Caminó durante horas, hablaba y hablaba, a veces gritaba y otras tantas tocaba su flauta de carrizo; todo con la intención de ser escuchado por los dioses; no sabía ni había oído nunca de alguien que hubiera estado en su misma situación, así que no encontraba la forma de pedirle a los dioses el permiso que necesitaba para resolver su problema. “Es sólo una pequeña dispensa”, suplicaba el valiente Catoxcán, quien, agotado, se quedó dormido en el bosque.

A la mañana siguiente, cuando regresó al pueblo, ya se había corrido la voz de que Catoxcán no era tan valiente como se decía y que se moría de miedo sólo de pensar que tenía que hacer el ritual de fertilidad, que él se había ofrecido esperando que alguien más resultara elegido. Al pasar rumbo a su casa, unos lo miraban con desprecio y otros no podían dejar de esbozar una mueca de burla. Las murmuraciones llegaron a los oídos del curandero del pueblo, padre de Catoxcán, quien, indig-

nado, se dirigió a buscarlo; cuando lo encontró a la sombra de un árbol de mango, sentado, cabizbajo y con las manos en la frente, supuso lo peor.

—Entonces es verdad lo que andan diciendo por el pueblo, mi hijo es un cobarde. —Llegó ante él y con fuerza lo levantó del brazo al tiempo que le gritaba—: ¡No es posible que tengas miedo, eres mi hijo, y no voy a permitir que denigres mi honor; prefiero verte muerto a saber que eres un cobarde!

Catoxcán, que no entendía de lo que su padre hablaba, se zafó con violencia de su mano y, enfrentándolo, le dijo:

—No soy un cobarde, pero si ha venido a matarme, es que los dioses así lo quieren, ésa debe ser la solución a mi tremendo dilema.

El padre, desconcertado, no podía entender cómo su hijo lo enfrentaba con ese valor y le pedía que lo matara ahí mismo; sin verle por ningún lado el miedo, le exigió que le explicara qué pasaba.

—Mire, padre —comenzó Catoxcán—, estoy perdidamente enamorado de Xkaká y, después de haberla cortejado por varios meses, por fin ha accedido a que intimemos; ella quiere que sea algo espectacular, único, inolvidable; dice que ha reservado su primera vez para el hombre indicado y me ha elegido a mí para ser dueño de su pureza, y como se acerca el principio de nuestro ciclo de cincuenta y dos años, ella quiere que sea justo en el momento del equinoccio que nos amemos, pero ahora, con todo este problema de la sequía, me eligen justo a mí para hacer el ritual de fertilidad, y no puedo estar en dos lados al mismo tiempo; no puedo fallarle a ella porque, si no voy, seré el hazmerreír de todas las mujeres del pueblo por no haberle cumplido a una joven, ya que, además, es mi primera vez; mi hombría se pondrá en duda; pero si no voy al ritual de la fertilidad, el deshonor se apoderará de nuestra familia, así que tal vez sea la muerte la única solución.

Una sonora carcajada llenó la sombra del hermoso árbol de mango; el padre de Catoxcán se sentía aliviado al darse cuenta de que su hijo no era un cobarde y que lo que le pasaba era sólo una de esas cosas que le pasan a todos los hombres antes de perder su pureza, así que, mucho más tranquilo, le dijo a su hijo que se calmara, que ya encontraría una solución y que tendría tiempo después del ritual de estar con todas las mujeres que quisiera, pero que recordara que debía llegar puro a la ceremonia para que pudieran tener la lluvia tan deseada y, sonriendo, dejó al muchacho igual que cuando llegó.

Por la tarde, en su casa, Catoxcán, mucho más tranquilo, había pensado bien las cosas y, cómo se sabía muy inteligente, comenzó a idear un plan que le permitiera

EL ARCOÍRIS DE CATOXCAN



Papanteca, Teodoro Cano.

cumplir con ambos compromisos. Definitivamente no podía estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo, entonces, pensó que la única opción era que *el mismo tiempo* se presentara dos veces, así que, sonriendo, se dispuso a ejecutar su plan. Se fue al bosque y regresó ya noche a su casa, esperó a que todos durmieran y sustrajo de entre las cosas de su padre un brebaje que hacía dormir a la gente; era una poción muy conocida en el pueblo que hacía que quien la tomaba durmiera profundamente por dos noches seguidas, y su padre la utilizaba para lograr que los pacientes recobraran fuerza durante su enfermedad. Así, fue en busca de Xkaká para explicarle su extraordinario plan, le contó que en medio del bosque había construido una enramada especial adornada con flores para que ellos se pudieran amar sin restricción alguna y que debían irse desde ese momento; ella no entendía por qué debían irse dos noches antes del equinoccio, pero le parecía maravillosa la idea de escaparse en la noche a un nido de amor, así que accedió a la propuesta.

Al llegar, ella sintió algo de miedo por estar solos en la oscuridad, pero se calmó cuando vio a X'tapu, el perro de Catoxcán, amarrado a la enramada. Catoxcán le dijo que había preparado todo muy bien, que el perro los cuidaría, que se había asesorado y que ya sabía cuál era la mejor forma de hacer que su primera vez fuera como ninguna, le contó que había escuchado alguna vez a su madre decirle a una amiga que la vez que su padre había tomado la poción para dormir, al despertar, tenía tanto vigor que había sido la vez que habían tenido el mejor encuentro amoroso de toda su vida. De modo que lo mejor que podían hacer era tomar aquella pócima, dormir todo el día y toda la noche, para que el día del equinoccio, a mediodía, tuvieran toda la fuerza necesaria para amarse con locura y pasión desmedida.

Ella se sentía la más afortunada, admiraba cómo Catoxcán se había tomado tantas molestias para cuidar los detalles de su encuentro, la enramada le había quedado realmente hermosa, el lecho era muy mullido y suave, todo era tan perfecto y ahora esto, la gran idea de tener todo el vigor posible para hacerlo espectacular; no se lo podía perder, así que, sin pensarlo, se tomó la poción que le ofrecía su enamorado y él la bebió también; no tardaron mucho en quedar profundamente dormidos.

Ella despertó antes que él, por fin era el gran día; se sentía tan bien, tan llena de vigor, que agradeció nuevamente la idea a Catoxcán; despertándole con un beso, él se espabiló radiante de felicidad al ver a Xkaká tan emocionada. Juntos prepararon el almuerzo y jugaron un poco alrededor de la enramada; en ese momento, ella le expresó su preocupación, le dijo que en su casa ya la habrían echado de menos, pero

recobró la tranquilidad cuando Catoxcan, acariciándole el cabello, le recordó que ese día era el ritual de la fertilidad en el pueblo y que todos andarían por ahí ocupados con algo, que nadie los echaría de menos.

—¿Y, por fin, cómo le hiciste para no subir al Palo? —le preguntó ella, despreocupada.

—Le pedí al hermano de Panin que me reemplazara y ya no tuve ningún problema —contestó él.

Al llegar el cenit, se entregaron el uno al otro con tal fervor que parecía que nunca más volverían a estar juntos; la única idea extraña que llegó a la mente de ella fue pensar que mientras todo el pueblo hacía un ritual de fertilidad, ella hacía con el hombre que más le gustaba lo propio.

Después de amarse por horas, los dos, rendidos, se recostaron en aquel mullido lecho y contemplaron la magnificencia de la naturaleza a su alrededor. Catoxcan, sumamente hacendoso, se ofreció a dar un poco de agua a Xkaká, que sonrió, pensando que aquel hombre estaría a su pies por siempre; tomó el agua e inmediatamente se quedó profundamente dormida. Catoxcan se levantó del lecho y se dirigió a su casa presuroso, mientras pensaba: “El brebaje que le acabo de dar la mantendrá dormida hasta mañana, lo bueno es que anoche puse un poco de vinagre en esos botecitos para que pensara que se tomaba la poción. Espero que X'tapu la cuide bien”.

Tenía que apresurarse, debía hacer que toda la gente viera que estaría en vigilia toda esa noche para prepararse para el ritual del día siguiente.

Antes de iniciar el ritual, Catoxcan debía convertirse en hombre pájaro y vestir aquel traje que le había sido confeccionado especialmente para ese día, una espectacular vestimenta llena de adornos multicolores con plumas de aves y flores colocadas artísticamente, que debía ponerse sobre su ropaje elaborado con fibra de algodón de una blancura cegadora. Primero amarró en su cabeza un paliacate, sobre el cual colocó un gorro hecho de tiras de bambú en forma cónica, forrado de tela roja, adornada con decenas de flores y cuya punta estaba decorada con un penacho multicolor con dos espejos, que simbolizan los rayos solares, y cuatro pequeños espejos redondos orientados a los puntos cardinales, que reflejarán su luz; unos largos listones que salían del gorro se deslizaban por su espalda en honor al arcoíris; por su hombro derecho cruzó dos medios círculos que adornaron su pecho y espalda en forma de banda, bordados con aves, plantas y flores, rematados con flequillos dorados sobre una tela de mismo rojo sangre que el pantalón que portaba



Papantla, Iván Uranga.

encima del blanco, emulando la calidez del sol; en la cintura se amarró una especie de taparrabos en semicírculos bordados con motivos naturales y flequillos dorados; en la parte baja del pantalón lucía unos delgados listones de colores y al cuello un finísimo pañuelo bordado y ribeteado en seda de colores que remataban su hermosa vestimenta ritual.

Era justo el mediodía del equinoccio de primavera cuando comenzaron aquellos cinco jóvenes el ritual de fertilidad; uno a uno fueron subiendo por aquel largo palo, hasta llegar a la cúspide; los cuatro primeros se amarraron a la cintura y enredaban sus cuerdas al centro del palo, el último de ellos se paró justo en la punta y, como si estuviera a ras de piso, comenzó a bailar y a entonar una maravillosa e hipnotizante melodía con su tamborcito y su flauta de carrizo, al tiempo que los otros cuatro se dejaron caer, dando vueltas alrededor del Palo Volador.

Catoxcan daba vueltas y vueltas colgado boca abajo de aquella cuerda, y su cabeza se empezó a llenar de cuestionamientos, no sabía cómo era posible que su plan tan perfecto le fallara, no podía creer que se le hubiera olvidado que debía primero venir al ritual y luego ir con Xkaká; él sabía perfectamente que no podía llegar impuro a tan importante evento, y ahora estaba ahí, bien impuro, con el riesgo de

EL ARCOÍRIS DE CATOXCAN

que todo el esfuerzo de la comunidad se viniera abajo por su culpa. Eso no lo podía permitir, y pensó que los dioses merecían un sacrificio mayor para redimir su culpa, así que, sin dudarlo, desató la cuerda que llevaba a la cintura y, mientras recordaba el extraordinario sexo y el placer desmedido que horas antes había disfrutado con Xkaká, a quien había dejado sumergida en un sueño profundo, vestida sólo con una sonrisa de satisfacción, se abrazó a su pecho y cayó sin más al suelo, muriendo con el impacto. Al mismo tiempo, se desató una tremenda tormenta que salvó las cosechas de toda la región.

Cuando terminó de llover, un bellissimo arcoíris, con sus siete colores, se dejó ver en el cielo, y no faltó quien comentó que seguramente eso se debía a la sonrisa que esbozaba el rostro muerto de Catoxcán.

Xkaká se desposó a los pocos meses con el joven rey Tlaixehuatenitztlí, y tuvieron un hijo prematuro al que llamaron Catoxcán, en honor al joven que ofrendó su vida por los totonacas, quien llegó a ser rey, gobernó en paz, sin sequías y murió a los ochenta años de su gobierno.

Fin.



Reñifete, Teodoro Cano.

* La ceremonia ritual de los Voladores fue inscrita en 2009 ([4.COM](#)) en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la UNESCO. El video gráfico para la UNESCO del ritual y la música del corte y siembra del Palo Volador fue registrado en 2008: <https://www.youtube.com/watch?reload=9&v=jCiXU9ea9UI> - © 2008 by Cumbre Tajín.



Iván Uranga es promotor de comunidades autónomas autogestivas, investigador social, docente de Permacultura, columnista semanal en el portal de Julio Astillero, colaborador en *La Jornada*, *Global Voices*, en el Consejo Nacional del Pueblo Mexicano, en la Coordinadora de Organizaciones Alternativas, *La Coperacha*, el Movimiento de Transformación Social, Global Noise y Vía 22. También es campesino, pedagogo, antropólogo, filósofo y sociólogo, así como escritor de ensayos, novelas, cuentos, teatro y poesía.

Correo electrónico: iuranga@cnpm.mx

Redes sociales: [@CompaRevolucion](#)

